
EL ESPECTADOR

Bogotá - Colombia Domingo 11 de julio de 2004

SECCIONES

PORTADA
INVESTIGACIÓN
PAZ
POLÍTICA
JUDICIAL
INTERNACIONAL
NEGOCIOS
DEPORTES
NACIONAL
BOGOTÁ
ESPECIALES
AUTOS

OPINIÓN

EDITORIAL
OSUNA

ARTE & GENTE

VIDA MODERNA
SALUD
DESTINOS
MEDIO AMBIENTE
TECNOLOGÍA
MEDIOS
ALTO TURMEQUÉ
TAROT
GASTRONOMÍA

AGENDA

MÚSICA
CULTURA
GOCE
CINE
PLAN DE LA SEMANA
NIÑOS

FIN DE SEMANA

El Pozón, el barrio de la vida

Libardo Cardona Martínez / Enviado especial, Cartagena



Hace ya algunos años un terremoto de mujer llamado Patricia Guerrero iba en un avión y a su lado estaba un hombre muy adinerado. Ella empezó a hablarle de las mujeres, de sus sufrimientos, y, sin ninguna incomodidad, le contó que era una feminista consumada desde que era niña. El hombre se conmovió y prometió ayudarle a la organización que lidera la aguerrida mujer con una cómoda casa en la zona histórica de Cartagena, más exactamente en la calle del Espíritu Santo.

Desde entonces –en el número 29-158 de la mencionada calle– allí funciona la Liga de Mujeres Desplazadas, o las más de 300 mujeres víctimas de la guerra que se unieron para hacer más llevaderas sus vidas. Casi todas son negras. Casi todas son viudas, o al menos casi todas han tenido cómo mínimo un muerto en la casa. Todas, eso sí, llegaron al sector de El Pozón de Cartagena dejando atrás lo poco que tenían. Todas, también, son conscientes de que sus vidas cambiaron desde el momento mismo en que decidieron unir sus fuerzas y esfuerzos.

Así lo confirma Doris Berrío, una negra de fortaleza impresionante que en 1997 tuvo que abandonar todo lo que tenía en su natal Turbo (Antioquia). A ella, a su esposo y a sus dos hijos los sacaron corriendo los paramilitares. No los mataron de milagro. No los mataron porque ellos sí les hicieron caso a las amenazas de los violentos.

Cuando llegaron al Pozón, Doris se dio cuenta, por primera vez en su vida, que aquella noche ni ella ni los suyos tenían dónde dormir. Convenció a su marido

de que el poco dinero que tenían debían invertirlo en un lote de 20x20. Y así lo hicieron. Ellos mismos, con cartones, plástico y algo de madera, construyeron su casa. Entonces ya más cómodos, con menos hambre, Doris recordó que había estudiado hasta 4º de bachillerato y que debía terminarlo. Lo hizo. Después conoció a Patricia Guerrero y hoy es una de sus manos derechas. Doris, incluso, ya se ha dado el lujo de salir de Colombia a contar su historia en otros países.

Ya estuvo, por ejemplo, en Japón. Allí hizo conmover a un auditorio repleto de gente con su historia y las de muchas de sus compañeras de la liga. “Las mujeres japonesas han sufrido mucho durante las guerras. Pero las colombianas no nos quedamos atrás en ese aspecto”, advierte Doris, quien se considera una verdadera profesional en el tema de los derechos de las mujeres.

La tragedia de Ana Luz

Al lado izquierdo de Doris está otra mujer que sí sabe qué es sufrir. Tiene 37 años pero aparenta muchos más. Su nombre es Ana Luz Ortega y llegó a Cartagena hace cinco años, también huyendo de la violencia paramilitar. “Todos los días había masacres, todos los días mataban gente, recuerda. Ella cuenta que desde entonces empezó a negar que era desplazada, porque entendió que esa condición le iba a traer muchos problemas. ¡Y tenía razón!

Así y todo, Ana Luz, sus siete hijos y su marido empezaron a hacerle frente a la vida. Se metieron en una pieza las nueve personas y comenzaron los problemas con el dueño del rancho. No había plata para comer, mucho menos para pagar el arrendamiento. “Pues entonces me tocará cobrarme con su hija”, dijo con degeneramiento el dueño de la pieza al referirse a Arlenis Patricia, de escasos 12 años. Ana Luz, desde luego, entró en pánico. Despavorida, salió de allí con su familia y se instaló en el barrio Isla de León –también sector de El Pozón–, donde compraron un lote por \$20.000. “No tenemos nada, pero ese ranchito es nuestro. Usted no sabe lo que uno siente cuando uno puede decir esto es mío”, sostiene, con un dejo de amargura.

Amargura que también es imposible de sacar del rostro de Ofelia Amaranto Chiquillo, de San Onofre (Sucre). De allí salió cuando los violentos asesinaron a su esposo, Rafael Rodríguez. Él salió para su finca y si bien volvió a su casa no lo hizo con vida. Era el año 2000. Entonces, como todas las mujeres de la liga, Ofelia llegó desplazada a El Pozón a empezar de ceros. Hoy, ella no tiene casi nada pero está viva. Sólo posee los conocimientos que ha adquirido en las conferencias de la liga. “Este conocimiento –dice– no tiene precio”.

No aguantó el candelero

Tal vez una de las mujeres más respetadas de todas las de la liga es Celestina Mosquera, viuda y, como Doris Berrío, natural de Turbo. Hace siete años que

esta mujer no aguantó más “el candelero de guerrilleros y paramilitares”. Entonces dejó atrás su parcela con plátanos y sin saber qué le depararía el destino partió como desplazada hacia la capital de Bolívar con sus cuatro hijos. Para Celestina, al principio las cosas no fueron fáciles. Tampoco lo son ahora pero tiene algo que no tiene precio: la tranquilidad. Ella, seguramente, no sabía que las mujeres tenían iguales derechos que los hombres. Ahora lo sabe, gracias a la liga.

Condición idéntica a una de las más jóvenes de la organización. Su nombre es Sandra Julio y en la liga es considerada como una receptora, o la persona que acoge en su casa a uno o más desplazados. El jueves, cuando El Espectador estuvo en El Pozón, Sandra contó que tenía tres hijos a sus escasos 21 años. La primera vez que dio a luz tenía 15 años. Ella reconoce que hasta hace poco no sabía que las mujeres tenían derechos y que podían elegir el número de hijos. “Yo nunca había oído hablar de derechos sexuales de la mujer. Yo creo que si hubiera llegado antes a la liga, si acaso tuviera uno”, dice.

Pero si de tragedias se trata, cómo no mencionar la de Isabelina Tapias, de 69 años. De Apartadó, Isabelina se convirtió en desplazada cuando los paramilitares asesinaron a su hija, Olinda, de 18 años. La muchacha tenía por costumbre hablar con los policías del pueblo y, a veces, con algunos guerrilleros que operaban en la zona.

—No te pongás con esas cosas, Olinda. Entendé que hablar con los unos y con los otros no le gusta a nadie, le decía con insistencia la preocupada madre a su inquieta hija. —Pues que me den en la torre, respondía con cierta altanería la joven.

Y le dieron en la torre, como ella misma lo decía. Pero fueron los paramilitares. Era 1990. Hoy, Isabelina Tapias, una mujer que dice ser loca, pero que de loca no tiene nada, vive tranquila y risueña y, sin duda, es la dicharachera de todas las mujeres de la liga. Dice que le han dado tres infartos. Pero vaya a saber si es cierto, porque todo lo que dice pareciera que fueran chistes.

Y como estas historias, hay por lo menos trescientos en la Liga de Mujeres Desplazadas. Cada una de ellas merece un espacio. Pero son tantas que, al estilo colombiano, sus historias parece que pasan inadvertidas. Ellas, sin embargo, tienen sus recuerdos dolorosos. Recuerdos que nunca se borrarán de sus mentes. Recuerdos de los cuales sólo Dios es testigo.

El orgullo de El Pozón

A pesar de toda la tragedia que encierran las mujeres de la liga, todas ellas al unísono sostienen: “Queremos que nos ayuden, pero no queremos que nos tengan lástima”. Y tienen razón, porque para ellas, aparte de sus tragedias, nada más indignante que la lástima. Eso les ha enseñado Patricia Guerrero. Eso

también lo repite Doris Berrío. Y Marleny Hurtado, una mujer de 29 años que en la liga es famosa porque Naciones Unidas incluyó su fotografía en el almanaque de 2004.

Ese hecho para ella es un orgullo. Orgullo que también lo toman como propio las otras mujeres de la liga. Marleny, a principios de este año, estuvo en Nueva York, Washington y Boston. Por primera vez montó en avión y por primera vez salió del país. En Estados Unidos contó su historia y la gente se conmovió. A su esposo y a sus hijos les trajo regalos. Pero cuando regresó a Cartagena, otra vez la dura realidad se le puso de frente. El hambre volvió a hacer presencia en su casa.

—¿Sabe una cosa? El hambre, la verdadera hambre, duele, y duele mucho, dice Marleny con dolor, con tristeza. —¿Y cómo se siente? —No sé. Eso no se puede explicar. Es como una cosa que empieza en el estómago y sube hasta la cabeza. Es horrible, explica, y cambia el tema.

Es un tema que no les gusta a ninguna de las mujeres que están en la entrevista con este periódico. Pero todas, sin excepción, dicen que han padecido el hambre muchas veces. Muchas ya están enseñadas a vivir con él.

Esa hambre del que estas mujeres hablan, es la obra de los violentos que un día las obligaron a desplazarse. Por eso todas ellas dicen que no le creyeron al proceso de paz con las Farc y mucho menos al actual con los paramilitares. Doris Berrío, por ejemplo, explica que el 50% de los desplazados de Colombia son mujeres y niños.

Entonces, ¿qué hacer? “Lo más importante es que se haga justicia. Esto no es de perdón y olvido. Nosotros necesitamos actos de reparación. Necesitamos que se nos indemnice”, advierte en tono enfático Doris Berrío.

Pero la reparación no parece estar cerca. Humberto Rey Barón, abogado de la Liga de Mujeres Desplazadas, se aventura a decir que él cree que en Colombia no hay un solo proceso abierto por el delito de desplazamiento forzado. Y eso que varios millones de colombianos y colombianas soportan en la actualidad esa condición. Pero nadie dice nada. Nadie hace nada.

Por eso, por lo pronto, a casi todas las mujeres de El Pozón les tocará seguir haciendo lo que siempre ha hecho Ana Luz Ortega: seguir negando ante la gente que es una desplazada “porque eso es como una vergüenza”.